

Seix Barral Biblioteca Breve



**Ángeles Mastretta**

---

El viento de las horas

---





**Seix Barral** Biblioteca Breve

---

# **Ángeles Mastretta**

## **El viento de las horas**

---

© Ángeles Mastretta, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2016  
ISBN: 978-84-322-2889-6  
Depósito legal: B. 6.613-2016  
Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## COMO UNA SERPENTINA

No sé si alguna vez olvidaré hasta el recuerdo de quién fui en la infancia. Dicen que los viejos siempre recuerdan mejor el pasado remoto. Hasta que la vida se les va haciendo pequeña y llegan a olvidar su nombre, antes de que la nada los nombre a ellos.

Yo hace tiempo empecé a desconocer los compromisos que hice un día, para cuando llegaran los otros. Ahora ya olvido lo que me contaron antier y me devasta la velocidad con que se empaña el orden de las cosas que mi hermana me cuenta como quien desprende las semillas de una granada.

Juro que la oigo cautiva, prometiéndome que no he de perder, entre los vericuetos de mi cerebro, ninguna de las historias de amor y desamor, de compra y venta, de traición y tormento, que va contándose mientras andamos por los puentes de la nueva ciu-

---

dad rumbo a la ciudad vieja, en donde aún están la catedral y los portales, igual que siguen estando entre mis libros, los que suceden en el primer y único territorio mítico que poseo.

Vamos luego desde ahí hasta su casa frente a los volcanes y aun cuando intentan distraerme los camiones con fruta, el desorden vial, la gente que atraviesa arriesgando la vida por esa carretera que se ha vuelto un camino de obstáculos, la sigo oyendo, curiosa, con la avidez de un muerto de hambre en un banquete. Hasta que me enreda en el sahumero de sus palabras. Valoro tanto los cuentos de su lengua porque me conmueven más que los míos. No porque éstos sean poco intensos —vivo en un mundo cruzado por personas con fábulas como torbellinos—, sino porque atado a los nombres de los que habla mi hermana está el recuerdo de la estampa infantil y adolescente de quienes se han ido haciendo adultos o viejos sin que yo vuelva a verlos. Tan lejos se oyen que están más cerca, porque parece fácil alcanzar sus gestos en la diáfana memoria de hace cincuenta años.

Siempre hay alguien, aquí y en otras partes, con una vida a la mano, diciéndome que debería escribirla. Pero lo verdadero es lo ilusorio, no lo visible.

Hay varias novelas en una sola tarde de preguntas breves y respuestas largas enlazándose en el ir y venir del pasado al presente, sueltas de pronto como una serpentina.

---

¿Qué ha pasado en la calle donde crecimos?

¿Qué en el terreno en donde estuvo la casa que fue nuestro colegio? ¿Cuándo es el cumpleaños setenta de un novio que perdí antes de tenerlo? ¿De qué enfermedad se alivió quién? ¿Cómo lleva la viudez una amiga y desde cuándo debió divorciarse otra? ¿Los hijos de quién se hicieron millonarios vendiendo los terrenos que se robó su abuelo? ¿Qué hombre metió a la cárcel a su sobrino y qué matrimonio ha demandado a su propio hijo? ¿Quién vive en la casa llena de pájaros que fue de una mujer serena, a la que se llevó la muerte, al rato de cumplir cien años y calentar la última taza de leche para su yerno?

Cuántas cosas me atañen por ese mundo.

En el rancho que fue de mi amiga Elena, de sus papás, sus hermanos y sus antepasados, había un panteón al que daba la ventana del cuarto en que dormíamos los días de vacaciones. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo. ¿Qué será de él y de la capilla sombría a la que entrábamos cuando niñas para detenernos frente a las losas de mármol, con nombres remotos, tras las cuales dormían los restos de personas que murieron a mediados del siglo XIX? Eso no lo sabe mi hermana, no lo sabe ni Elena, la niña de facciones suaves sentada en el pupitre que estaba tras el mío cuando la mandaron por primera vez al colegio, a cursar el tercero de primaria. Hasta entonces, porque a leer, a escribir y a hacer cuentas

---

le enseñó una maestra para ella sola: aún quedaba en el aire atesorado por su padre la idea de que las niñas debían vivir más tiempo en un capelo.

Al colegio llegó con sus dos trenzas y sus ojos de ciervo buscando lo que había más allá. Y las dos nos encontramos, al tiempo en que encontrábamos a la señorita Belén.

Ahora resulta que mi profesora en tercero de primaria sólo me llevaba diecisiete años. Así que tiene la misma edad de mi amiga Mercedes y está tan lúcida y tan conversadora como ella. Me encantaba mi seño Belén. Era una mujer inteligente y alegre: ojos negros, pies pequeños, que contagiaba las ganas de enseñar. Apenas estaba yo aprendiendo cosas y ya quería dedicarme a explicarlas. Todo lo contrario de lo que hoy me sucede.

En tercero cambiábamos el lápiz por la pluma fuente y era toda una proeza conseguir una letra correcta con semejante artilugio. Ella nos enseñó eso y no sé qué otras hazañas de hombres y santos célebres.

Ahora mis antiguas compañeras se reunieron con la seño Belén, a quien no sé cómo encontraron. Y dice mi hermana que las hizo reír y sorprenderse con la destreza de su mente.

Al contrario de otras niñas, a mí las maestras me parecían un buen sueño. Cuál no sería mi gusto por la apasionada señorita Belén, que un día del maestro quise llevarle un regalo a su casa. Según recuerda mi

---

imaginación, vivía en el centro, en un segundo piso, en una casa sobria y sin niños. Me asombró aquel silencio encantado. Le llevamos una caja de pañuelos. Y nos sentamos a platicar. Ahora que lo pienso, yo era una niña rara. Colocada entre dos mujeres adultas, mirándolas como si quisiera adivinar sus secretos. Para mí el de Belén era la gramática, el de Ángeles Guzmán lo supe mucho después, cuando ella quiso estudiar antropología en la Universidad Autónoma de Puebla. Su facultad quedaba en el restaurado edificio Arronte, una casa construida en 1634, con fachada de cantera, ladrillos y azulejos, con dos patios altos y unos corredores con arcos de medio punto. Al final del siglo XIX y al principio del XX la casa fue hotel. Ahí pasaba la noche mi abuela con sus hermanas y su padre cuando venían desde Teziutlán, en la sierra de Puebla, hasta el colegio del Sagrado Corazón en la Ciudad de México. Y por esas escaleras subimos los hijos de mi madre a oír la relatar la tesis con que se graduó. «Yo lo que quiero es saber», le puso como título. De eso me acuerdo bien, de la tarde con sol en que la celebramos, hace como veinte años. No digo más para no ceder a la tentación de los viejos, que empiezan a contar lo mismo muchas veces. Todavía no me da esa edad, así que no voy a buscarla neceando con repetir el aire de esa jornada.



---

## IDÉNTICA A SÍ MISMA

Más constante que el ángel de la guarda, mi casa de la infancia aún viene conmigo a todas partes. No he vuelto a verla sino por fuera, desde el día en que la dejamos tras una jornada sobre la cual mi hermano Carlos filmó un corto al que llamó *La partida de la nostalgia*. Él y los demás se divirtieron haciéndolo. Yo aparecí un segundo y luego me escondí a llorar toda la mañana. Tenía veintidós años, nadie estaba destetando a una criatura sin habla. Era sólo que me quedé muda un tiempo y que no volví a cantar como hasta entonces. Ni a escribir.

Quizás sirvió la desventura. Hay en todo lo que toco un dejo de nostalgia que matiza la euforia a la que soy propensa. Y los matices siempre le dan textura a la tela en que tramamos las emociones. Pero no estaba yo en mí sino en mi casa, y no en

---

mi casa sino en la que cada quien guarda como un artilugio en su memoria. Hablo de la mía, sabiendo que cada cual evocará la suya.

En realidad, mi casa era una calle y mi calle, los domingos, llegaba hasta una cabaña frente a un lago.

Nuestra casa era rentada, pero mi mamá la vestía y la pintaba como si hubiera pagado hasta el último de los ladrillos. Nunca se habló de llamar a la dueña si algo se descomponía, ni si una pared necesitaba resanarse. Todo arreglo venía de la pasión con que mi madre cuidaba los muros que nos cuidaban. No imagino mejor arrendataria. Por eso nunca pensamos que la casa podía no ser nuestra. Vivimos ahí veinte años.

Tenía cuatro recámaras, en permanente ebullición. Dos hijas en un cuarto, tres hijos en dos, y un costurero que al tiempo era estudio. O al revés. En la semana mi mamá ponía ahí la tejedora y la ropa recién zurcida, el domingo mi papá abría la caja de su máquina para escribir, sacaba el pequeño artefacto que imagino cargó desde Italia y lo ponía sobre el escritorio como quien mira en su cofre un anillo de compromiso.

Sentado en la misma silla que usaba la costurera los miércoles, yo ahora mismo, y mi mamá muchas tardes, él escribía una columna sobre automóviles que firmaba como don Temístocles Salvatierra, un supuesto telegrafista viejo cuya amistad con alguien

---

llamado el Mísero Vendecoches lo llevaba a contar el modo en que lo veía vivir y lidiar con la venta de autos pequeños de la que sacaba para la renta, la comida y el buen pasar de su familia. Don Temístocles era un viejo sabio y compasivo, el Vendecoches llevaba la vida con humor y melancolía. El recuento de sus conversaciones lo escribía mi padre como si redactara un telegrama. Tenía muchos lectores, le pagaban cien pesos. Ningún quehacer disfrutó más que ése. Era muy conversador, pero nada parrandero, nada desvelado, gran fumador. ¿Cómo no iba a morir a los cincuenta y ocho?, digo como decimos tantas veces. Eso sí: le gustaba su casa. Le tenía terror al cambio. Suponemos que la guerra, en la que todo era distinto cada día, en la que un techo podía desaparecer de golpe, una iglesia volverse polvo, una pared con cuadros volar en pedazos, lo dejó receloso. Como si cualquier movimiento de las cosas pudiera traer el ruido que harían al desplomarse. En cambio, a su mujer, que hubiera querido viajar, descubrir, ver mundos diferentes, le divertía ir cambiando los cuadros y los muebles como quien palía con ese juego sus ganas de volar. Ahora mismo la recuerdo detenida en la sala, mirando el orden de unas repisas con la concentración de quien observa por un telescopio. «Ya las vas a cambiar», decía mi padre. Y en efecto, las repisas subían la escalera y terminaban en un cuarto de arriba. En su lugar ba-

---

jaba un librero, o un sillón y dos cuadros. Había una pared en el vestíbulo sobre la que reinaba el óleo de un pastor con sus ovejas, bajo el cual estaba el mueble del tocadiscos. Un día eso ya no le gustó a mi madre y cuando cambió el tapiz de unas sillas se llevó el cuadro al comedor. Pero no movió el espejo. ¿Qué habrá sido del espejo? ¿Y de una lámpara de cristal con forma de pera?

Hace poco, mi hermana encontró los muebles del comedor en casa de una prima. Lo había hecho el célebre ebanista Erasmo y era de marquetería, pero ella lo vendió para suplirlo con uno de pino toscó cuando —así lo decía— «nos cambió el gusto». Se deshizo de lo que parecía europeo y se mudó al colonial mexicano. Pero eso fue después. Ahora hablo de la casa en la Quince Sur.

Había que entrar subiendo una escalerita que daba a la calle y junto a la que crecía un colorín. La puerta era de fierro con cristales detrás. De lejos recuerdo unos sillones azules que fueron cambiando con los tiempos. Lo que estuvo ahí siempre fue un sillón individual, redondito, al que todavía uno entra como a un vientre acogedor. Ahora lo tapizaron para que saliera en la película de Catalina y quedó como nuevo. *Las horas contigo* se llama la peli, y ahí pueden verse algunas de las cosas que un día estuvieron en la Quince.

Hubo también un biombo de tres hojas que tirábamos a cada rato. Estaba entre el comedor y la en-

---

trada a la cocina. Siempre había algún hermano corriendo cerca. No sé cómo sobrevivió porque todavía lo recuerdo en el departamento de México. Nuestras camas tenían unas cabeceras que mi mamá copió de una revista y que nunca han dejado de ser actuales. Modas van y vienen, pero las cabeceras se ven intactas. En la rifa, tras el naufragio que traen siempre las pérdidas, le tocaron a mi hermana, lo mismo que un tocador que yo había sacado del sótano de mi abuela cuando cumplí doce años. Ahora veo uno idéntico en el palacio de las hermanas Crawley dentro de la abadía de Downton, y sólo entiendo que mi abuela lo haya movido de su habitación, cambiándolo por unos muebles de líneas duras —propios de los años cincuenta—, porque deseaba que los tiempos no la dejaran atrás. *Lo fugitivo permanece* es el título de una antología de cuentos y es como hay que nombrar al cuento de antología que cabe en ese mueble rescatado porque era hermoso como no fueron los roperos cuadrados que lo suplirían.

Los abuelos vivieron siempre a una calle de nosotros, y la tía Alicia, con sus hijos, a una ventana, y la tía Maicha con los suyos, a dos calles, y mi amiga Elena a calle y media y el colegio estaba a cinco, y el parque quedaba frente al colegio. Tres esquinas más allá la iglesia de Santiago y el hospital del Sagrado Corazón, a veinte metros de ahí la panadería Lili, en la esquina de junto a la carnicería, y en la con-

---

traesquina El Gato Negro, una pulquería en la que perdía el juicio parte del barrio pobre, presidido por el nevero, que a las seis de la tarde terminaba su jornada y dejaba en la puerta su carro de madera verde aventado hasta la medianoche. El mundo en siete calles. ¿Cómo cabían ahí tantas cosas y cómo caben en mí? En el centro de todas, La Estrella, una miscelánea que estaba casi tan cerca de mi casa como está hoy mi cocina de la puerta que se abre hacia la calle. En diez pasos llegábamos a pedir un vaso de chiles en vinagre por veinte centavos, un hielito hecho con agua de refresco por lo que llamábamos una Josefita, la moneda de cinco centavos con la que también podía uno comprar dos chicles, o tres caramelos de anís.

Don Silviano se llamaba el hombre de cejas gruesas que atendía el mostrador. Y al nombrarlo recuerdo a don Policarpo, el dueño de la tlapalería, un lugar al borde del abismo, que nunca vimos. Ahí se vendían cuetes, chinampinas, fulminantes, clavos, tachuelas y lijas. En la entrada había un tambo lleno de petróleo dejando al aire gozar su olor y sus riesgos. Nunca oí a nadie considerar peligroso, mucho menos prohibitivo, tener el combustible junto a la pólvora que cualquiera compraba en cuanto había algo que celebrar. Quién sabe cuántas bombas molotov cabían en ese cuarto, ni cómo es que no estalló cualquier día; lo que he sabido después es que arriba le habían dado abrigo a un pintor excepcional de

---

nombre José Márquez Figueroa que heredaría a esa familia los últimos cuadros que pintó. Yo tengo un Márquez. Cae la lluvia sobre un costado de la catedral. Es un tesoro. También ahí está mi casa. Toda, como el cuadro, dentro de mí cuando la quiero ver. Idéntica a sí misma como ya no será nunca. Como todavía es, cuando quiero mirarla.